

MARINA MESEGUER
Beira (Mozambique)
Enviada especial



Antes del ciclón *Idai* sólo habíamos visto algo así en las películas. Durante horas, mi familia y yo nos temimos lo peor. Fue una pesadilla, algo demasiado increíble”, recuerda el fotógrafo mozambiqueño Maquiti. Pese a las alertas, el 14 de marzo del 2019 la mayoría de habitantes de Beira, en la región central del país, se tomaron en broma la llegada de la tormenta. “¿Un ciclón? ¿Aquí? Venga ya, hombre...”. Pero los chistes se acabaron a medida que arreciaba el viento. Hacia las seis de la tarde, la ciudad de medio millón de habitantes entró en pánico. Aquella noche se llegaron a registrar vientos de hasta 220 kilómetros por hora. Las chapas de los techos saltaron por los aires y se convirtieron en armas mortíferas. El mar se adentró en la tierra y los hospitales se colapsaron.

El *Idai*, que también afectó a Malawi y Zimbabue, hizo historia: en todo el hemisferio sur no hay registros de un ciclón tan potente. Beira, su epicentro, se considera la primera ciudad completamente devasta-

da por el cambio climático. Es una zona cero del calentamiento global.

Aunque las cifras del Gobierno hablan de 602 muertos sólo en Mozambique, extraoficialmente se habla de miles de desaparecidos.

El 90% de las casas de Beira y del distrito de Dondo quedaron dañadas. Hoy, casi un año después de la tragedia, gran parte de las edificaciones siguen sin techos y miles de personas continúan sin hogar. Ni siquiera los hospitales se salvaron de

los estragos de la lluvia. El pobre sistema de salud de la ciudad ha quedado aún más debilitado. “Todavía es muy difícil almacenar medicamentos porque el 90% de los centros de salud siguen necesitando su rehabilitación. Se pusieron techos de emergencia, pero, aun así, entra agua”, explica con impotencia el doctor Fino Massalambane.

El facultativo admite que algunas cosas han mejorado, al menos un poco. La tasa de mortalidad mater-

na se disparó a cifras extraordinarias: entre el 7 y 10% de las mujeres perecieron al dar a luz durante los seis primeros meses tras la tragedia. Pero gracias a las nuevas ambulancias ofrecidas por la oenegé italiana Medici con l’Africa, ha bajado hasta un 1%. El problema sanitario más acuciante ahora es el de controlar el sida. En Beira, el 13% de la población tiene el VIH, pero temen que las cifras ya no sean fiables debido a que durante el ciclón se perdieron

datos y miles de tarjetas sanitarias de pacientes, necesarias para conseguir medicamentos. “Para alguien que lo ha perdido todo, medicarse no es una prioridad”, lamenta.

El hospital Central, situado a unos cien metros del mar, fue el único que, en medio del caos, pudo responder, a duras penas, a la emergencia. El ciclón hizo caer el techo de la maternidad, desde donde hubo que evacuar a unos treinta bebés. Y lo mismo pasó en la sala de operaciones. “El agua entraba por todas partes, dejamos de poder funcionar como un hospital profesional. Nos dedicábamos a sacar escombros, limpiar la sangre como podíamos... Ni siquiera podíamos esterilizar el instrumental. Estábamos aislados. Pasaron días hasta que pudo llegar ayuda del exterior. Quedamos todos traumatizados”, recuerda Zeferrina Simião, la jefa de enfermería.

Situada en la desembocadura del río Púngwe, las inundaciones son habituales en Beira. Pero con la aceleración de la crisis climática, la ciudad y sus alrededores se han convertido en uno de los puntos del planeta más vulnerables a las catástrofes. Tanto es así, que el Gobierno ha decidido reubicar algunas comunidades que vivían en zonas demasiado expuestas. Hay unas 40.000 personas en esta situación,

BEIRA

Zona cero del cambio climático



R

EL REPORTAJE

La ciudad de Mozambique fue, hace un año, el epicentro del ciclón 'Idai', el más potente jamás registrado en el hemisferio sur

muchas de ellas, antiguos pescadores que ahora se ven obligados a cultivar una tierra en ocasiones poco fértil y a vivir de los programas de reparto de alimentos del programa mundial de alimentos (WFP).

Sólo en la provincia de Sofala, cuya capital es Beira, el WFP asiste a cerca de 600.000 personas que tras el ciclón se quedaron sin nada. En el pueblo de Mussassa, unas 1.600 personas reciben mensualmente cheques para comprar comida. El programa tiene previsto comenzar a reducirse a partir de este mes de marzo porque los donantes internacionales tienen pavor a las campañas eternas. Pero la comunidad advierte de que, si se marchan, miles de personas pasarán hambre ya que su economía sigue totalmente mermada. "El otro día hablé con un empresario que me dijo que el *Idai* le había hecho perder diez años de ahorros. Si eso lo dice alguien con dinero, imagínate lo que les costará recuperarse a las personas humildes", lamenta un cooperante.

Luiza, de 22 años, es una de las beneficiarias. La noche del ciclón estaba sola en casa con su hija de siete años porque su marido João había viajado para asistir a un funeral. "Apenas tuve tiempo de salir de la casa y refugiarme en la de mis suegros, justo después se derrum-



MARINA MESEGUER

Unos niños juegan frente al decrepito Gran Hotel de Beira, su hogar

bó. No pude recuperar nada. Después, el poco dinero que teníamos lo invertimos en comprar cemento y ladrillos, pero sólo nos ha dado para construir los cimientos. Ahora, cuando consigo algo, compro un ladrillo y lo guardo", explica. Este año ha plantado algo de arroz, pero asegura que, si logra venderlo, sólo tendrá ganancias para vivir cinco meses. "Una de mis cuñadas es enfermera y manda dinero a sus padres, así que cuando cocinan, nos sentamos con ellos a comer", dice resignada ante un futuro incierto.

"Ahora vivimos con miedo en el cuerpo", afirma João frente al hogar de sus padres. "Cada vez que llueve todo el pueblo se preocupa y vuelve corriendo a casa. Si pasa de nuevo, todo será peor. No hemos tenido tiempo para recuperarnos", reflexiona. No son los únicos, en el pueblo de Busi, el que quedó más devastado tras el ciclón. Las lluvias de mediados de febrero provocaron

otros 4.000 desplazados internos. Unos 1.000 de ellos malviven en las gradas del estadio de fútbol local. "Resiliencia" se ha convertido en la palabra más popular tras la catástrofe. A la fuerza, Beira ha aceptado que hay que aprender a vivir con la incertidumbre. "Rezo para que el ciclón no vuelva, pero nos estamos preparando", explica Aksana Varela, directora de la oenegé Young Africa en Mozambique. En sus centros de formación profesional ahora enseñan lo que se ha llamado "construcción resiliente". Es decir, intentan cambiar los modos de edificación para que puedan resistir mejor las lluvias y el viento. No son los únicos que están poniendo todo su empeño en ello. Esta es una de las máximas prioridades de todas las organizaciones que se encuentran trabajando en la región. No obstante, los expertos alertan de que no hay mucho que se pueda hacer cuando el viento sopla a más de 200 kilómetros por hora.

Pese a los preparativos de la "élite" —en palabras de Valera—, los más desamparados de la ciudad encaran el futuro más que con resiliencia, con un estoico fatalismo. Miles de personas sin hogar malviven entre las ruinas de antiguos edificios coloniales a primera línea de mar, justo en la desembocadura del río. La mayoría de ellos, en el Gran Hotel, un imponente mamotreto art déco que durante un breve periodo fue el primer (y único) establecimiento cinco estrellas de Beira. Otras pocas, lo hacen en otro viejo edificio oficial todavía menos resguardado. Las olas ya chocan contra sus pare-

des, pero ellos siguen allí, impasibles. "¿Dónde quieren que vayamos? No tenemos nada. Por no tener, no tenemos ni miedo", razona una de sus vecinas. "Cuando vino el ciclón nos subimos al piso de arriba y nos agarramos fuerte. Pensamos que era el fin, pero sobrevivimos todos", recuerda mientras sus hijos corretean por un suelo que ya ha empezado a ceder por el embate de las olas bajo los cimientos. "Mozambique se encuentra en primera línea del frente en esta crisis planetaria", confirma Riccardo Rossi, responsable de la sección de resiliencia y cambio climático de la delegación de la UE en Mozambique. El experto defiende que el *green deal* impulsado desde Bruselas debe trasladarse también a terceros países si realmente busca tener un impacto real. Tras el ciclón, la UE se ha comprometido a donar 200 millones de euros a Mozambique para los trabajos de recuperación. Sentada en un centro de salud, Alzira, de 19 años, mece a un bebé tan pequeño que se pierde entre la manta en que lo envuelve. Con voz tímida pero convencida, asegura que su pequeño Iani es fruto del *Idai*. "Mi marido y yo salíamos desde hacía cuatro años, pero el ciclón fue el que nos unió. Gracias a él me quedé embarazada", sostiene. Eso sí que es resiliencia.●

Un mar que amenaza. En la temporada de lluvias, las olas rompen directamente sobre las paredes de los edificios oficiales abandonados a primera línea de playa en el barrio de Ponta Gea, hogar de muchas familias vulnerables que no tienen dónde ir si se repite una catástrofe

Vivir entre escombros. El rastro destructivo del *Idai* todavía es muy visible en la ciudad un año después



MARINA MESEGUER

Reubicados pero en peligro. Pese a haber sido llevados lejos del mar, los antiguos pescadores viven desprotegidos



EUROPEAN UNION / MAQUITI

Reubicados pero en peligro. Pese a haber sido llevados lejos del mar, los antiguos pescadores viven desprotegidos

MARINA MESEGUER